

# Ante la violencia, un aval para el maestro

Los últimos ataques contra docentes conmocionan a la opinión pública. Para el autor, hay que reconstruir su figura en la sociedad.

Juan J. Uach



MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE EDUCACIÓN Y DEL CONSEJO ASESOR DEL SUPLEMENTO CLARÍN EDUCACIÓN.

**N**o es nuevo el problema de la violencia en las escuelas pero sí lo es el de la reiterada agresión hacia los maestros. Hasta los profundos cambios sociales que trajeron los años sesenta, eran comunes los castigos violentos a los estudiantes, típicos en algunos países europeos, incluyendo la agresión de los mayores hacia sus compañeros menores. También eran comunes las peleas entre estudiantes, mitad "deportivas", mitad violencia desnuda y precursora del luego llamado *bullying* o acoso escolar, verdadero flagelo. Tales comportamientos

fueron luego cediendo su lugar a una violencia más agresiva entre pares, con creciente uso de armas peligrosas y participación más frecuente de las chicas. Estas conductas coexistieron con un antiguo y frondoso anecdotario de maldades, bastante acotadas, que por aquellos tiempos hacíamos –seamos francos– a los maestros o profesores percibidos como poco duchos en hacer valer su autoridad.

Cuesta mucho, en cambio, encontrar en el pasado manifestaciones frecuentes y agresivas de violencia hacia maestros y profesores ejercida por padres o madres de los alumnos. Es imprescindible trabajar para que esto no marque una nueva etapa. Pese a la clara decadencia –al menos relativa– de los aprendizajes de los estudiantes argentinos, la violencia de los padres busca excusas en exigencias consideradas excesivas hacia sus hijos, exactamente al revés de lo que ocurría en el pasado, cuando la sola presencia de las madres o

padres en la escuela era para sus hijos motivo de preocupación porque implicaba advertencias de los maestros que la enorme mayoría de los padres creía y aprobaba o, al menos, no cuestionaba.

En casi todas estas historias de violencia está presente la denigración del otro. La agresión a los maestros transcurre en un contexto de pérdida de su jerarquía económica, social y cultural, verificada en las últimas décadas y que recién ha comenzado a revertirse pero está aun lejos de haber recuperado la consideración y el respeto que maestros y profesores merecen. Los violentos se sienten protegidos porque es frecuente que, aun en casos graves, las sanciones o penalidades se diluyan, tanto dentro como fuera de las escuelas, dando lugar a una peligrosa subcultura de la impunidad.

No ayuda para nada el desdibujarse del rol de los padres o adultos responsables, con comportamientos que buscan mimetizarse



Autoridades, padres y maestros deben comprometerse con la situación.

con los de los adolescentes. Sería presuntuoso dictaminar desde esta columna la solución ante un problema que da lugar, sobre todo, a la perplejidad. Pero sí puede afirmarse que ella debe incluir la reconstrucción de las figuras del maestro, del profesor y del directivo, una tarea que sólo podrá ser fructífera con el compromiso de las autoridades políticas, de los ministerios de educación, de los padres, de los estudiantes y de los

propios maestros.

No sólo por estas deplorables violencias la Argentina necesita gestar y poner en práctica un nuevo contrato entre la sociedad y los docentes que deje atrás su descrédito y que calibre adecuadamente sus derechos y obligaciones para posibilitar el acceso de todos a la sociedad del conocimiento del siglo XXI, clave además en la lucha por la justicia distributiva y la eliminación de la pobreza.